



Homilía

Fiesta de la Sagrada Familia

Santa Iglesia Catedral, Jerez 26 de diciembre de 2009

Queridos Sr Vicario de Pastoral; Sr. Deán y hermanos sacerdotes; Representantes de Asociaciones y Movimientos familiares; padres y madres; queridos jóvenes y hermanos todos en el Señor:

A todos os acojo con gran alegría en este tiempo especial que la Liturgia nos regala como un don de Dios. Este don tiene hoy la imagen de la Sagrada Familia.

El tiempo de Navidad lo comenzamos escuchando al profeta Isaías anunciar que **“el pueblo que caminaba en tinieblas vio una gran luz”**. También nosotros nos sentimos como un pueblo que camina entre tinieblas y que necesita dejarse iluminar por la Luz que procede de Belén.

Cuna de la vida

Su resplandor nos muestra que el Hijo de Dios ha entrado en el mundo a través de un matrimonio para nacer y vivir en el ámbito familiar. El misterio de la Navidad está, pues, íntimamente vinculado con toda familia, como **“relación de amor”** y **“cuna de la vida”**. Ése es el motivo por el cual la Iglesia, en el primer Domingo de Navidad, celebra el misterio presente en la casa de Nazaret, con la intención de que toda la familia humana pueda ser iluminada.

La Luz de Belén, la Buena Noticia de la Sagrada Familia, de Jesús, María y José, es la que nos convoca aquí esta tarde y la que hace que mañana, muchos de nosotros, nos congreguemos en Madrid para celebrar un **“Encuentro de familias”** procedentes de todo el continente europeo.

Mirad qué estupendo cuadro familiar nos muestran las lecturas de hoy; destaca, sobre todo, cómo se pone al centro la persona del hijo como persona que no pertenece a los padres, sino que pertenece a Dios, porque es un don de Dios.

Iglesia doméstica

Jesús perdido, en el templo de Jerusalén descubre su identidad y su misión. Más que hijo de la carne, se desvela como hijo del Espíritu. Por encima de los vínculos de la sangre se vincula consciente y totalmente a Dios. El que es de Dios, debe volver a Él, debe entregarse a Él. A primera vista nos resulta extraña su reacción, e incluso puede parecer que quiere romper con los lazos familiares; pero no es así pues, como vemos, él vuelve a su casa y sigue **“bajo la autoridad”** de José y María.

No hay rastro de incompreensión en su respuesta **“¿.. por qué me buscabais..? ¿no sabíais que Yo debía estar en la Casa de mi Padre..?”** ... sino que de la misma forma que tuvo que afirmar que **“su madre y sus hermanos son los que escuchan la palabra de Dios y la cumplen”** (Lc 8, 21), igualmente ahora viene a resaltar que la entrada de Dios en el mundo ha redimensionado la familia y sus relaciones internas porque Dios mismo, en su dimensión Trinitaria, es una Familia, una **“comunidad de Vida y Amor”**. Y la familia, por tanto, un santuario: iglesia doméstica.

Y al igual que los discípulos estuvieron angustiados ante la muerte del Maestro y al tercer día lo encontraron **“viviendo ya en la Casa del Padre”** ... Igualmente José y María -figura de la Iglesia-, también al tercer día, al encontrar a Jesús se encuentran con el Hijo de Dios ..

A partir de entonces María, que ya **“guardaba todas esas cosas meditándolas en su corazón”**, va a estar totalmente abierta a la sabiduría de Dios. Y así también nosotros: frente a la sabiduría del mundo que quiere anular a la familia, tenemos que estar abiertos a la Sabiduría del Hijo que nos muestra a **“la familia como Iglesia doméstica”**.

Matrimonio y misión

¿Qué supone ese título para la familia?. El Papa Juan Pablo II no se cansaba de repetirlo: la familia es Iglesia doméstica porque participa de la misión salvífica de la Iglesia. La familia, por un lado, debe ser consciente de la **“misión”** de la Iglesia y de su propia participación en ella. Y, por otro, debe tener claro que su relación con la Iglesia no es de tipo sociológico, ni un mero vínculo psicológico o moral, sino que en el centro de la relación familia-Iglesia está el sacramento del **“matrimonio”**, es decir, la gracia donada por Cristo a la familia cristiana. Por tanto, hermanos, **“matrimonio”** y **“misión”** es lo que nos define como **“Iglesia doméstica”**.

Hablar de MATRIMONIO es situar a la familia cristiana en un ámbito peculiar. Es situar el amor conyugal en las coordenadas de un gran evento y un gran misterio; es afirmar que el amor humano del hombre y la mujer se incorporan al plan de Dios.

- ES POSIBLE EL AMOR. El hombre y la mujer que se casan **“en el Señor”** son capaces de amarse como Jesús mismo nos ha amado: donándose en la cruz. En su amor mutuo está presente el mismo amor de Cristo que se dona a Sí mismo. Esa presencia es la fuerza íntima de los esposos que los mantiene unidos, posibilita el perdón y los hace capaces de superar las dificultades que conlleva la vida conyugal.

- ES POSIBLE LA RECONCILIACIÓN. El amor de Cristo en los esposos y en los padres **“tiene la capacidad de curar las heridas que produce el egoísmo”**. Su fuerza curativa brota de la gracia divina del perdón y de la reconciliación, que asegura la energía espiritual para empezar siempre de nuevo. Precisamente por esto, los miembros de la familia necesitan encontrar a Cristo en la Iglesia a través del admirable sacramento de la reconciliación. **“La vida conyugal y familiar no puede prescindir de una continua purificación que se expresa en el sacramento de la penitencia”** (Cf. “Familiaris consortio” 58).

- ES POSIBLE LA MISIÓN. También la familia, iglesia doméstica, viene investida de la misma misión que Cristo ha ofrecido a la Iglesia. En función del sacramento recibido los esposos cristianos participan, a su modo, de la misión salvífica que salva al mundo, ya que su amor es imagen del **“misterio de amor”** de Cristo y su Iglesia.

Para ello han recibido una gracia propia que deben empeñarse en hacer resplandecer con la fuerza del evangelio. Sólo así, en la sociedad secularizada en la que vivimos, podrá cumplirse el oráculo de Isaías con el que comenzamos esta reflexión: **“el pueblo que habitaba en tinieblas vio una Luz grande ..”**

Queridos hijos: que Jesús sea siempre vuestro modelo. Queridos esposos: haced de la casa de Nazaret una imagen de vuestro hogar.

Queridas familias: que esta Fiesta no sea sólo para unir a todos los miembros de la familia, sino a todas las familias entre sí. Vuestra unión fortalece a la Iglesia, sana a la sociedad y edifica un mundo más solidario y más feliz.

Que así sea.

+ José Mazuelos Pérez
Obispo de Asidonia-Jerez